

Cuando la fe es una obra de arte

Mons. Timothy Verdon

Historiador del arte

EL ARTE SAGRADO ES ÚTIL AL SACERDOTE tanto en su vida de hombre y de cristiano como en su ministerio pastoral. A ambos usos se ha referido el papa Benedicto XVI en la exhortación apostólica postsinodal “Sacramentum caritatis” del 2007 y ha indicado la belleza artística como una de las “modalidades con que la verdad del amor de Dios en Cristo nos alcanza” (SC 35). Ha subrayado además el “lazo profundo que existe entre la belleza y la liturgia”. En vistas de tal lazo, dice el Papa, “es indispensable que en la formación de los seminaristas y de los sacerdotes se incluya como materia importante la historia del arte con especial referencia a los edificios de culto, vistos a la luz de las normas litúrgicas” (SC 41).

Tales palabras forman parte de la milenaria tradición católica, que siempre ha promovido, explicado y, en caso necesario, defendido la función del arte en el crecimiento espiritual de los creyentes y en la misión pastoral de la Iglesia. Ya hacia finales de la era patristica, san Gregorio Magno resumía la experiencia de los primeros siglos cristianos en términos que la tradición ha sintetizado en la expresión *Biblia pauperum* (Biblia de los pobres). Escribiendo a un obispo iconoclasta, san Gregorio subrayó la finalidad propiamente espiritual de las imágenes sagradas. “Una cosa es adorar una pintura, otra aprender qué cosa adorar mediante una escena representada en una pintura”, y añadía: “La fraternidad de los presbíteros está obligada a amonestar a los fieles para que sientan ardiente compunción ante el drama de la escena representada y así se postren humildemente en adoración ante la única omnipotente Santísima Trinidad (*Epistula Sereno episcopo massiliensi*, 2, 10).

Con el mismo espíritu, Pablo VI, en nuestro tiempo, ha sugerido la estrecha afinidad entre el trabajo del sacerdote y el del artista: “Nosotros honramos en gran manera al artista, decía en una audiencia el 7 de mayo 1964, porque cumple un ministerio para-sacerdotal junto al nuestro. Nuestro ministerio mira a los misterios de Dios, el suyo a la colaboración humana que hace a estos misterios presentes y accesibles”. En la *Carta a los artistas* (1999) de Juan Pablo II, el documento más importante en este tema, se afirma que “para transmitir el mensaje que Cristo ha confiado a la

Iglesia, ella necesita del arte. En efecto, el arte debe hacer perceptible, más aún, fascinador, en la medida de lo posible, el mundo del espíritu, de lo invisible, de Dios” (n. 12).

Estos textos del magisterio constituyen el trasfondo de la valoración que el cardenal Joseph Ratzinger, por aquel entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, formuló en la introducción al *Compendio del catecismo de la Iglesia católica*, para el que el mismo cardenal había escogido una serie de imágenes de varias épocas y culturas. El futuro papa anotaba que “los artistas de todos los tiempos han ofrecido a la contemplación y al estupor de los fieles los hechos sobresalientes del misterio de la salvación, presentándolos en el esplendor del color y en la perfección de la belleza”, y concluía en clave pastoral, considerando el papel del arte en el pasado como “un indicio...de cómo, hoy más que nunca en la cultura de la imagen, la imagen sagrada puede ser mucho más expresiva que la misma palabra, por el hecho de que es sumamente eficaz su dinamismo de comunicación y de transmisión del mensaje evangélico”.

El sacerdote, cuya espiritualidad personal y profesional está ligada a los signos sacramentales que administra, capta fácilmente el nexo entre el arte visivo y la fe cristiana. Sabe que en Jesucristo el Verbo de Dios se ha hecho visible, viniendo a ser “imagen del Dios invisible” (*Col 1, 15*), y comprende, por consiguiente, que el papel de las imágenes humanas en la vida de los cristianos es en cierta manera análogo al del Verbo encarnado en la historia. San Juan Damasceno, evocando la prohibición veterotestamentaria de toda figuración de la divinidad, recordaba: “En otro tiempo no se podía hacer imagen alguna de un Dios incorpóreo y sin contorno físico, pero ahora Dios ha sido visto en la carne y se ha entremezclado con la vida de los hombres, por lo que resulta lícito hacer una imagen de cuanto de Dios ha sido percibido con los ojos” (*Discurso sobre las imágenes*, 1, 16). Juan Pablo II, en 1987, citando esta obra que es del siglo VII, escribió: “El arte de la Iglesia ha de buscar hablar el lenguaje de la encarnación y expresar con los elementos materiales a Aquel que se ha dignado habitar en la materia y realizar nuestra salvación a través de la materia” (*Duodecimum saeculum*, no. 11).

Aunque todavía usamos el término “Biblia de los pobres”, no se trata de una cuestión de imágenes didácticas que, en circunstancias particulares, sustituyen el texto escrito. Más bien, en la concepción católica, la imagen puede tocar la íntima realidad moral y espiritual de la persona. “Nuestra tradición más auténtica, que compartimos plenamente con los hermanos ortodoxos, decía Juan Pablo II en el mismo documento, nos enseña que el

lenguaje de la belleza, puesto al servicio de la fe, es capaz de llegar al corazón de los hombres, de hacerles conocer desde dentro a Aquel que osamos representar en las imágenes, Jesucristo” (*Ibidem* no. 11).

En un documento paralelo, del mismo año 1987, el patriarca Dimitrios de Constantinopla, afirmaba que, en la tradición ortodoxa, “la imagen... viene a ser la forma más poderosa que asumen los dogmas y la predicación” (*Encyclique sur la signification théologique de l'icone*).

Efectivamente, en una y otra tradición, en la Iglesia de Oriente como en la de Occidente, el uso de las imágenes sagradas, en el contexto litúrgico, se ha utilizado a lo largo de los siglos para manifestar la relación particular que, gracias a la encarnación de Cristo, subsiste entre el “signo” y la “realidad” dentro de la *economía* sacramental.

Tal relación se transparenta verdaderamente en todas las obras que el hombre ha asociado al culto divino: desde los vasos sagrados y los ornamentos hasta las construcciones arquitectónicas más monumentales, porque el uso de las “cosas” en la liturgia de la Iglesia revela siempre y actualiza la vocación del mundo infrahumano, llamado con el hombre y por medio del hombre a dar gloria a Dios.

Con todo, más que de las “cosas” el arte habla de los hombres y de las mujeres que lo crean, porque, como afirman los obispos toscanos en una nota pastoral de 1997, “en el modo en que los artistas transfiguran la materia, revelan por analogía la estructura de la creatividad personal, es decir, el modo en que todo hombre y mujer “proyectan”, “modelan” y “colorean” la propia vida para mejor servir a Dios y al prójimo” (*La Vita si è fatta visibile. La comunicazione della fede attraverso l'arte*, n. 12). Juan Pablo II situará esta observación en el horizonte ético de cada artista, afirmando que “quien advierte en sí esta suerte de chispa divina que es la vocación artística... advierte al mismo tiempo la obligación de no echar a perder este talento, sino más bien desarrollarlo para ponerlo al servicio del prójimo y de toda la humanidad” (*Carta a los artistas*, no. 3). El papa recrea, con tonos plateados y tintas luminosas, la experiencia del artista en quien “la aspiración a dar un sentido a la propia vida está acompañada por la percepción de la belleza y de la misteriosa unidad de las cosas”. Luego, admite el papa la frustración probada por los artistas frente a la “distancia insuperable que existe entre la obra de sus manos, por más que sea una obra muy lograda, y la perfección fulgurante de la belleza percibida en el fervor del momento creativo”, de cuyo esplendor la obra pintada o esculpida no es sino un vislumbre. Pero comparte también el rapto del creyente ante una

obra de arte, al explicar que el creyente “sabe que se ha asomado por un instante al abismo de luz que tiene en Dios su fuente originaria” (no. 6).

He aquí por qué Pablo VI, dirigiéndose a los poetas y hombres de letras, a los pintores, los escultores y los arquitectos, a los músicos, y a la gente del teatro y del cine, había dicho en la conclusión del concilio Vaticano II: “La Iglesia está aliada desde hace mucho tiempo con vosotros. Vosotros habéis construido y decorado sus templos, celebrado sus dogmas, enriquecido su liturgia. Vosotros habéis ayudado a traducir su divino mensaje en la lengua de las formas y las figuras, convirtiendo en visible el mundo invisible. Hoy como ayer, la Iglesia os necesita y se vuelve hacia vosotros. Ella os dice por nuestra voz: No permitáis que se rompa una alianza tan fecunda. No rehuséis poner vuestro talento al servicio de la verdad divina. No cerréis vuestro espíritu al sople del Espíritu Santo. Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, es quien pone la alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste la usura del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración...”. (*Mensajes del Concilio a la Humanidad*, 8 de diciembre 1965).

De aquí se deduce que el sacerdote ha de buscar a los artistas, conocerlos y aprender de ellos. A su manera son siempre hombres y mujeres “de fe”, incluso cuando se proclaman no creyentes, porque “crean” cosas. La fe, creativa, genera obras y “sin obras, es una fe muerta” (*Sant.* 2, 17), como sucede con una idea genial que el artista después no reproduce en una pintura o en una estatua. La fe, además, es un terreno familiar a los artistas, quienes, día tras día, han de afrontar la fatiga de traducir intuiciones e ideas, impresiones y observaciones, en “obras” concretas. Saben muy bien que el único modo de perfeccionarse es entregarse al trabajo, lanzarse arriesgando el fracaso, la pérdida de tiempo, de materiales y de energía; corriendo incluso el riesgo de hacer el ridículo. Entienden, mejor que los demás, como en el caso de Abrahán, que “la fe colaboraba con las obras” y “por las obras llegó a la perfección” (*Sant* 2, 21-22).

Pero los artistas captan el dinamismo de la fe en un nivel todavía más esencial, identificándose con el riesgo y el *pathos* del mismo Artífice Divino. Experimentan como íntima esperanza, necesidad y sufrimiento el deseo de exteriorizar una idea que se les escapa, un concepto “único, múltiple sutil, móvil, penetrante” (*Sab* 7, 2); una idea que tal vez parece recapitular todo lo que el artista sabe tener dentro de sí, y que él quiere, más aún “siente el deber” de compartir con los demás para hacerles ver con sus ojos y contemplar y tocar con sus manos una cosa que, en él “existía desde el princi-

pio” (*Ijn* 1, 1). No hay artista que no se identifique con el Creador que arriesgó todo para hacer visible a los hombres la propia vida (Cf. *Ijn* 1, 1-2).

De los artistas el sacerdote puede aprender que la fe en sí es arte. Ciertamente que en primer lugar es don, pero un don que, como los talentos humanos, quien lo recibe tiene la obligación de desarrollar. No me refiero aquí a la fe entendida como sistema, admirable compendio de creencias y tradiciones, sino al acto de fe, al “salto” de la fe, al “riesgo” por el que se pasa de una existencia “artesanal”, hecha de causas y efectos, a la vida experimentada como “arte”, vivida como una obra “inspirada”, abierta a la gratuidad, informada por la gracia. Las causas y los efectos pueden –¡Qué dolor!– exigir venganzas y guerras, aprisionando al ser humano; la gracia, que es verdad gratuitamente donada, perdona y hace libres.

El sacerdote debe saber estas cosas cuando ora, cuando celebra la misa, cuando reconcilia a los pecadores con Dios. Y las puede aprender también, Dios mediante, del arte y de los artistas.